

**C. Quílez, *Caligrafía de la necesidad*, Madrid, Bartleby Editores, 2017, 84 pp.**

Cecilia Quílez (Algeciras, 1965) ha publicado tres años después de *La hija del capitán Nemo* (2017) este *Caligrafía de la necesidad*, en el que se mantienen ciertas constantes que allí aparecían, si bien ha ahondado fundamentalmente en algunos aspectos temáticos en torno a la idea de la escritura. Este poemario se origina a partir de la noción de inevitabilidad de su escritura, el ser-en-sí de ser escrito, su discurso y discurrir como auténtica Ananké: compulsión, ineludibilidad, necesidad que en la caligrafía se muestra como pulsión y río, como torrente desde el que se expresa la verdad interior de la voz verbal, en este caso sujeto literario identificado explícitamente en múltiples ocasiones –y desde distintas variantes– como mujer: “Las mujeres nos cuidamos el pelo / Unas a otras al acostarnos y cada mañana / Nos pasamos recetas / Para aliviar el tiempo / Para acallar vacíos / Para disimular que somos dichosas” (p. 56). Pero la cuestión de género es transversal y no medular.

Dividido en dos partes, más un prólogo y un epílogo, a saber: “Caligrafías” (prólogo), “Cartilla de símbolos”, “Performance del ángel” y “Siglo XXI (Epílogo)”, la escritura se articula a partir del desgarramiento interior del sujeto contemporáneo que tiene “la matriz aún sangrante” (p. 58), una herida trascendental que sin embargo –o en consecuencia– aparece como ángel y, por tanto, asexuado, a pesar de reconocerse como mujer: “De dónde vienes mujer / De la fortuna / De la escasez / De la muerte / De la resistencia / La misma ira / De otros nadie / Suficientemente / Nombrables / Qué importa / Tú Los otros / Seremos iguales ante el olvido”. La mujer aglutinaría todas las conductas de género o ninguna, pero en cualquier caso hay una unificación pansexual, o asexual en cuestiones básicamente humanas, más allá del alegato –de sobra justificado– a favor de las mujeres. De ahí esa especie de actualización de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* que plantea “Dar voz y voto a los niños en las Naciones Unidas / Firmar sin vanidad el Convenio de la Razón / Clausurar las fábricas de pólvora antes de que anochezca / Destruir las armas al amanecer / Levantar el Museo del Olvido en letras indelebles / Siete días a la semana que suene la novena de Beethoven / Decretar el perdón como vida capital / Formar sin uniforme una Comisión de Poetas / Que escriban un orden del día donde la Belleza / Sea el primer asunto de los estados de la Tierra” (p. 67). Este peculiar y entrañable pragmatismo político, que suscribimos desde ya, viene precedido de un desencanto colectivo que espolea el conjunto del poemario, sin perder un ápice de esperanza en las posibilidades o virtudes terapéuticas de la palabra poética: “Abandono la contienda / Mis leales amigos / Desbrozados de utopías / Cuando afila el desencanto / Lloramos a escondidas” (p. 60), y su consecuencia vitalista, como respuesta: “Defiendo mi única herencia / Sin fruto / Esta letanía de la gravedad / Imagina un vuelo / Desde el subsuelo / Ofrezco un arroyo en el camino / Tengo un sueño / De felicidad absoluta / Escribiendo / Cantando / Perdonadme / Mi única guerra / Es no callar” (p. 61). Pero hay un conflicto –emerge– que no se resuelve, y que se muestra, para que seamos conscientes de la gravedad del asunto: “Reconozco la amargura del silencio” (p. 20), o

“Es urgente / Decir / Empezar el mundo desde cero / Aunque estén las luces apagadas / Y yo tenga miedo / Mucho miedo” (p. 43).

El tiempo también se convierte en vasodilatador de esa herida –axial– en el seno romántico de la modernidad (“Esta tontería de la modernidad” (p. 23), escribirá la poeta), en ese abismo del yo que busca incansablemente cómo taponar la hemorragia y, por eso, desde el primer texto, “El mañana está escribiéndose ahora” (p. 11), hasta casi al final, “Ayer es ya mañana” (p. 68), con lo que se cierra el círculo. Y el espacio que se recorre. Entre medias, una poética de extremos, de ansiedades, neurosis, patologías, límites, tensiones, contradicciones, etc., donde “La palabra no sabe de medidas” (p. 16), evitando la visión acomodaticia: “Cualquiera podría ser poeta / Con su cama y noche almidonada / Su café Su té verde con pastitas” (p. 17). Para ello se opta por una escritura automatizada y un precipitado de palabras que desemboque en la totalidad y en la otredad, en la comprensión –o al menos intentarlo– del mundo, en la continua reflexión metapoética, en los constantes guiños autorreferenciales, con una invocación o himno al alba hacia dios –“*Oh god*” (p. 39)– sabiendo no obstante que nadie nos escucha: “Nadie oye / Pero el jilguero canta / Lo inabarcable / Cada cual / Necesita verse / En esa comunión / Medular y salvaje / Mientras latimos ciegos / En la rebelión / De la inmortal belleza” (p. 40). La canción suena por todo, para siempre, puesto que “Abrir los ojos / Y empezar a contar / Todas las mañanas del mundo / Mientras despertamos / La palabra que nos nombre” (p. 41).

La escritura entonces nace y renace de sus cenizas como duelo y terapia (“Esa polilla agonizando / En tu garganta”, p. 36), y se entona una canción que propicia las visiones, las utopías y la imaginación: “Déjenlos en sus alucinaciones” (p. 24). La poeta-vate era y es la antorcha de la humanidad, de nuevo se convierte en faro de la sociedad, señalando proféticamente hacia el futuro, replegándose hacia los otros, en un abrazo solidario, anhelando “ser en otra alma” (p. 61), y con la poesía como afirmación vital individual: “Sarmiento florecido / Sin techo / Sin dios / Al que abofetear / Ni culpar / Mientras la ceniza de un cigarro / Se desmoronaba / En un precipicio / De costumbres inmorales / Que eran más // So-lo mí-as” (p. 74), para concluir en la página siguiente –y final– afirmando que “voy a morir escribiendo. Y soy feliz” (p. 75). En esa última composición se puede leer –y no es spoiler– la velocidad de los tiempos modernos, de nuestra sociedad de consumo e insatisfacción.

Mucho más se podría agregar sobre un libro sólido y denso que no evita la complejidad de la palabra, ni busca a un lector manso o habituado a una poesía vuelta cliché, sino a ciudadanos inconformistas y rebeldes con ganas de transformar las cosas, empezando por uno mismo y la propia mirada autocrítica. Un libro sumamente recomendable en tiempos de urgente necesidad.

**Juan Carlos Abril**